

Trágicos y cómicos

Los corsos y el Estado francés *

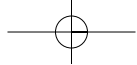
Jean-Louis Fabiani **

El filósofo de origen corso Jean Toussaint Desanti señalaba un día, durante una defensa de tesis, que la Córcega «había sido olvidada por la ciencia». Probablemente aludía al hecho de que la antropología y las ciencias sociales habían considerado implícitamente que la llamada «Isla de Belleza» no merecía verdaderamente una preocupación científica. Pero hay más: en un universo social en donde imperan las normas estrictas de corrección respecto a las categorizaciones étnicas, las bromas públicas sobre los corsos constituyen en Francia, aún hoy día, una cuestión completamente permitida. La estigmatización de la pereza insular y las alusiones a las inclinaciones delincuenciales de la población nos proporcionan una ilustración cotidiana. Se puede considerar que el hecho de burlarse de los corsos, no siempre amablemente, constituye un campo residual para la libertad de expresión, en un régimen de autocontrol generalizado respecto de las calificaciones de carácter étnico. Es necesario señalar también que los corsos nunca han sido considerados positivamente por la *intelligentsia* de izquierda. Su presencia masiva en las capas subalternas del aparato burocrático (principalmente después de la Primera Guerra Mundial, cuando proporcionaron un considerable contingente de suboficiales, encargados de prisión, aduaneros y pequeños funcionarios) condujo a asimilarlos, especialmente en el universo colonial, a la figura diaria, a la vez banal y brutal, de la soberanía del bajo pueblo. Durante los años setenta, la preocupación específica por los movimientos sociales de carácter regionalista y descentralizador pareció suscitar un interés especial de parte de los intelectuales tercermundistas, como lo ilustra el número que consagrara *Les Temps Modernes* a la cuestión corsa en 1977 ¹. Sin embargo, las derivas de la acción violenta (especialmente marcadas por la asociación progresiva entre nacionalistas y representantes del mundo de la gran criminalidad) condujeron a la rápida retirada de aquellos intelectuales que creyeron encontrar una dimensión progresista en la protesta corsa. Existen, por otra parte, muy pocos intelectuales corsos: aquellos jóvenes isleños distinguidos por el éxito académico, orientaron preferentemente sus opciones profesionales hacia carreras como el derecho, la medicina o la alta administración. En el universo de las humanidades y de las ciencias sociales, los corsos ocupan sobre todo posiciones en el aparato institucional de la educación nacional (siendo bastantes numerosos en el cuerpo de la inspección general). Siempre será extremadamente difícil encontrar a un

* Edición original: «Tragédiens et comédiens: Les Corses et l'État français». - En: *French Politics, Culture & Society*, vol. 18, nº 18, Nueva York, verano 2000, pp. 1-20. Traducción: LDC.

** Director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), Francia.

1. «Identité culturelle de la Corse», *Les Temps modernes*, nº 385-386, París, agosto-septiembre 1977.



oriundo de Córcega como miembro de la *École des Hautes Etudes en Sciences Sociales* o del *Collège de France*. A diferencia de otras grandes islas del Mediterráneo (especialmente las vecinas Cerdeña y Sicilia), Córcega no produjo escritores de reputación. Los *corsistas* (que a principios del siglo XX emprendieron la tarea de llevar a la expresión escrita una lengua corsa, distinta del italiano) produjeron sobre todo una poesía mediocre, de corte pastoril, en las cuales bastaba con hacer rimar *muntagna* (montaña) con *castagna* (castaña) para obtener un diploma de poesía.

Aunque existen trabajos de historiadores y antropólogos totalmente loables sobre Córcega, éstos siguen siendo parciales y nunca han tenido una pretensión de interpretación global. La historiografía reciente se caracteriza fundamentalmente por una oposición entre los que desean ilustrar el carácter evidente de la inserción de la isla en la nación francesa y los que, contrariamente, acusan a la historia oficial de ocultar el proceso, a veces muy violento, del mantenimiento de un orden que facilitó la construcción de una Córcega francesa. Los antropólogos, a excepción de José Gil ², han orientado sobre todo su investigación hacia la sociedad tradicional corsa: es sobre la cuestión del pastoralismo ganadero que se han volcado la mayoría de los investigadores ³. Geógrafos y politólogos tuvieron un interés más directo en las transformaciones recientes de Córcega, atendiendo a los distintos aspectos de la modernización de la sociedad tradicional. Por lo tanto, no debe asombrar que periodistas y publicistas sean los más grandes proveedores de interpretaciones de la «cuestión corsa». Entre otros, Paul Silvani, Nicolas Giudici o Jean-Louis Andréani, quienes han desempeñado extraordinariamente su tarea ⁴. No obstante, es sorprendente constatar el déficit de conocimiento antropológico y sociológico sobre Córcega. De partida, la isla es caracterizada por una serie de realidades epidemiológicas o sociológicas contra intuitivas o poco explicables inmediatamente: así es como recientemente se ha informado de la prevalencia de la obesidad en la isla, lo que viene a constituir un hecho misterioso si se considera el supuesto carácter mediterráneo de las prácticas alimenticias de sus habitantes. Es necesario reconocer que en realidad no se sabe nada de lo que comen los corsos. Otro ejemplo: los tasas de infección por VIH o la práctica de la toxicomanía aproximan a Córcega a las grandes regiones urbanas del continente (Île de France o Provence-Alpes-Côte d'Azur ⁵), pero por otros aspectos, Córcega contrasta fuertemente con estas regiones, y presenta indicadores aún más bajos que los de regiones más rurales y menos desarrolladas, como el Limousin: es así como Córcega es la región donde se han firmado la menor cantidad de Pactos Civiles de Solidaridad (PaCS) ⁶. Estos elementos apenas suscitan la curiosidad de los analistas. Bajo esta perspectiva, Córcega conoce un verdadero déficit de saber. Se puede aun contrastar la situación con la de las otras islas del Mediterráneo o, de forma más general, con el *mezzogiorno* italiano. Los comentarios que suscitan los acontecimientos ocurridos en Córcega salen raramente de la afirmación de ideas convencionales y consolidan la explotación de la estereotipada actualidad política.

Las observaciones que siguen no pretenden proponer una concepción antropológica global de la cuestión corsa, proyecto que por otra parte no tendría mayor sentido. Se trata más bien, reconsiderando los trabajos más interesantes sobre Córcega, de establecer dos hilos de análisis que se cruzarán constantemente durante el texto: el primero constituye una contribución a la explicación de la génesis y los efectos sobre la historia social y política de

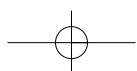
2. Gil, José 1984. – *La Corse entre la liberté et la terreur*. - París: La Différence.

3. Ravis-Giordani, Georges 1983. – *Bergers corses*. - Aix-en-Provence: Edisud.

4. Silvani, Paul 1976. – *Corse des années ardentes: 1939-1976*. - París: Albatros, 1976; Giudici, Nicolas 1997. – *Le Créprucule des Corses*. - París: Grasset, 1997; Andréani, Jean-Louis 1999. – *Comprendre la Corse*. - París: Folio Actuel.

5. Île-de-France y Provence-Alpes-Côte d'Azur son regiones francesas que aglutinan un cierto número de *départements*, unidad administrativa básica. La capital de Île de France es París y la de Provence-Alpes-Côte d'Azur es Marsella, las dos ciudades más pobladas de Francia. [NdE]

6. El PaCS es una figura jurídica nueva en Francia (1999), que permite a parejas de diversas tendencias sexuales asociarse civilmente en convivencia, obteniendo el reconocimiento legal y los derechos propios de una pareja que ha contraído matrimonio [NdE].

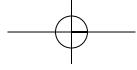


algunas de las principales representaciones de Córcega, desde aquélla que desarrolló Prosper Mérimée a mediados del siglo XIX, hasta las que predominan en el discurso contemporáneo de la reapropiación de lo identitario (llamado en lengua corsa: *riaquistu*), pasando por aquella imagen del corso cantando y bonachón popularizada en los espectáculos de variedades marseleses, y personificada por el cantante Tino Rossi entre las dos guerras mundiales. El segundo hilo se ha constituido a partir de la articulación de tres propuestas interpretativas, que tienen en común el desplazar los marcos de análisis habitualmente utilizados para dar cuenta de la especificidad insular: se puede interrogar sucesivamente las figuras de la dominación, las formas de la sociabilidad política y las normas de la autenticidad cultural. Comenzaremos por concentrarnos en torno a la explicación que vincula a Córcega con Francia en una relación de dependencia: ¿Por qué la metáfora colonial se constituye en buena medida como una pantalla? (1. Un tipo particular de dominación). Hoy es posible describir las formas de sociabilidad política que se desarrollaron como alternativa a la constitución de un espacio público y que resistieron a las transformaciones de la situación económica, así como a las recomposiciones de la relación de dependencia (2. El imposible espacio público). Por último, nos dedicaremos a las ambivalencias de la reapropiación identitaria y a la autonomización progresiva de la acción política en relación a las pretensiones culturales (3. Las tiranías de la autenticidad).

1. Un tipo particular de dominación

Los comentaristas que quieren dar cuenta de la situación en Córcega muy a menudo comienzan sus observaciones por una referencia de André Malraux a propósito del general de Gaulle: «Él tenía su misterio así como nosotros tenemos a Córcega». Detrás de esta referencia más bien convenida, se expresa un sincero sentimiento de impotencia respecto a la cuestión corsa, destinada a seguir siendo impenetrable. Es también muy corriente, aun hoy, invertir un viejo slogan aparecido durante los primeros desarrollos del turismo masivo en Córcega, hacia fines de los sesenta, en que los publicistas señalaban: «la más cercana de las islas lejanas». Se evoca *por el contrario* esta región como la más alejada de las islas próximas, un vecino enigmático que no se deja nunca develar. Es incuestionable que los corsos así como sus visitantes encuentran un placer evidente en destacar la singularidad de la isla, a veces al punto de producir ficciones destinadas a acentuar el carácter inclasificable de esta región. Es así como ciertos corsistas, extrañados por el hecho que la lengua corsa utilice el *ie* para decir *oui* (y no él *si*), a veces han visto en ello un anglicismo, pero más a menudo, el indicio de que su habla era algo así como el «vasco del Mediterráneo»⁷, siendo que el *ie* no es más que la degradación del bajo latín *illud est*. Se podría evocar, en un registro más lúdico, la práctica que condujo antiguamente a los corsos afrancesados, pertenecientes a la alta administración o a las profesiones liberales, a presentarse a los turistas que manifiestan algún interés por la cuestión etnológica, como los representantes de un mundo arcaico, irreducible a toda forma de modernización social. Los corsos durante mucho tiempo manifestaron orgullo en presentarse como el pueblo más rudo y el más violento del mundo, decía un antiguo ministro de

7. Marchetti, Pascal 1989. – *La Corsophonie: Un idiome à la mer* - París: Albatros.

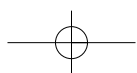


la Función Pública y político insular de primer orden. Una parte del malestar actual podría deberse en parte al imperativo de reapropiación cultural que ha recientemente conducido a los corsos a asumir otra imagen de sí mismos, siendo en los hechos los representantes de una cultura tan profunda y original como oculta, posición quizá más difícil de mantener que aquélla que remite a la evidencia de una violencia nativa e incontrolable.

Se podría decir que todo lleva a coproducir la imagen de un aislador cultural donde se aumentarían sistemáticamente algunas características distintivas. Ciertamente, existe una serie de condiciones geográficas que permiten señalar algo así como una excepción corsa en el Mediterráneo: la naturaleza montañosa de la isla (la altitud media se aproxima a los 600 metros), la ubicación de los pueblos, la pluviosidad excepcional en relación al conjunto de la cuenca. Los determinantes geográficos portan, por otro lado, la cara amable en la construcción de un particularismo corso referido al repliegue en sí mismo, al aislamiento de las pequeñas comunidades y al carácter «montañés» de la cultura insular. No se trata de negar las realidades geográficas, pero sí se puede cuestionar el uso repetitivo de este análogo moderno de la teoría de los climas para dar cuenta de la excepción insular: la explicación a través del determinismo natural tiene también como efecto ocultar una serie de realidades históricas relativas a la historia de las ciudades, de las zonas costeras e incluso de la pesca. No es menos significativo que la extraordinaria compartimentación de las *pieve* (unidades parroquiales) y la división de Córcega por una cresta central en *cis-monte* (de este lado de los montes viniendo de Italia) y en *pumonte* (más allá de los montes) haya estado al origen de una fuerte diversidad social, cultural y lingüística. Aún hoy es extremadamente difícil, y no sólo durante el invierno, ir de un punto a otro de la isla, en la que la unidad del territorio dista mucho de estar asegurada. El lugar que ocupa Córcega en la historia del Mediterráneo es por el contrario sistemáticamente subvalorado, así como las formas complejas de circulación de las personas entre la isla y el mundo colonial: por ello la representación, muy poco apoyada empíricamente, de una Córcega que habría pasado demasiado rápidamente del arcaísmo a la modernidad, reúne aún numerosos votos, esencialmente porque presupone la existencia, hasta un tiempo reciente, de una estructura casi autárquica. La visión de las corsos que han desarrollado los observadores franceses en las décadas que siguieron a la anexión a Francia contribuyó enérgicamente a la representación «excepcionalista» de la isla. El Comisario Constant, excelente observador de Córcega bajo la Restauración, escribía así en uno de sus informes: «*el extranjero se pregunta si está en Francia o en África y si las leyes hechas para la nación más civilizada convienen a las costumbres agresivas de un pueblo que uno tomaría en sus montañas por los árabes del desierto*»⁸. Esta visión de un ocupante pasa por alto el hecho que durante el Siglo de las Luces, bajo el impulso de Pasquale Paoli, se votó en Córcega la constitución de 1755, reformada en 1764: la Córcega *paolista* estaba entonces a la vanguardia de la preocupación democrática. La lógica de la inversión del estigma, que fuera un motor potente de las lógicas de reapropiación cultural, ha a menudo integrado una problemática excepcionalista y aislacionista de Córcega que ignora el hecho de que Paoli estuvo en contacto con el conjunto de la Europa intelectual. *El Proyecto de Constitución para Córcega* redactado por Jean-Jacques Rousseau constituye el mejor ejemplo del lugar de Córcega en el debate político ideológico del Siglo de las Luces⁹. Parece, al contrario, de buen método repatriar lo más que se pueda a Córcega hacia la historia de los inter-

8. Citado por Pomponi, Francis 1979. – *Histoire de la Corse*. – París: Hachette.

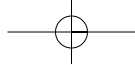
9. Rousseau, Jean-Jacques 1765. – «Projet de constitution pour la Corse». – En: Jean-Jacques Rousseau. – *Œuvres complètes*. – París: Gallimard, 1964, vol. 3. Cf. Fabiani, Jean-Louis 1973. – *L'Île et l'archipel: Essai sur les projets de gouvernement dans l'œuvre de Jean-Jacques Rousseau*. – Mémoire de maîtrise. – París: Université de Paris I.



cambios mediterráneos, y no negarle *a priori* la aplicación de instrumentos de análisis que han hecho sus pruebas en otros territorios.

La historia de la Córcega francesa es en primer lugar aquella del control imposible de un territorio. Aunque la isla presente caracteres comunes con otros departamentos rurales del sur de Francia, es más bien una relación que prefigura a la empresa colonial que se instaura entre el centro y la periferia. Las resistencias a la instalación de las instituciones francesas conducen a su vez a legislaciones de excepción y a la militarización del mantenimiento del orden. El reciente episodio (1998-1999) que vio al prefecto Bonnet concentrar entre sus manos un poder de excepción en nombre de la abierta situación de urgencia en razón del asesinato de su antecesor, puede inscribirse en una larga tradición de disposiciones, escritas o no, destinadas a tratar a Córcega de una manera particular en nombre de las dificultades excepcionales que encuentra normalmente la acción pública. Durante el siglo XIX, varias voces oficiales se elevaron para pedir la instauración de un «comandante superior» o de una única autoridad que trascienda la separación de los poderes. Medidas policiales, judiciales (como la supresión del tribunal de primera instancia en 1801, restablecido en 1830) o fiscales particulares, que consolidaron esta situación de excepción. Se constata así una verdadera continuidad histórica en la manera que tuvo el Estado, a través de la sucesión de los regímenes, de los partidos en el poder y de las coyunturas, de administrar la excepción corsa. La sospecha que pende sobre los tribunales de primera instancia está aún vigente, como lo confirma la frecuencia de los «extrañamientos» («*dépaysement*», *i.e.* el traslado de un asunto que debe juzgarse en Córcega hacia una jurisdicción continental) referidos especialmente a los crímenes de sangre. Las formas de intervención relativas al mantenimiento del orden presentan también un carácter totalmente particular en Córcega, hasta épocas contemporáneas: recordamos la intervención de blindados en Aleria en 1975, a petición del Ministro del interior Poniatowski, para controlar lo que al principio era una simple protesta campesina. Las consecuencias de este método de gestión excepcionalista fueron más bien negativas sobre la constitución del orden público, en particular, para la imposición de su legitimidad. La integración progresiva a Francia se basará en otros dispositivos, entre los cuales, como en otras partes, se cuenta el servicio militar y el desarrollo del sistema de enseñanza, y específicamente, la oferta creciente, a partir de la instauración del imperio colonial francés, de carreras para los insulares, quienes eran conducidos, bajo formas diversas y al precio de intensas contradicciones, a encarnar la nación francesa.

Los corsos mantuvieron un vínculo ambivalente respecto de la situación colonial. Su aproximación con las poblaciones colonizadas, a partir de la Monarquía de Julio, completó el dispositivo interpretativo (en otros términos, la teoría antropológica implícita) permitiendo al poder caracterizar a los corsos. La conquista de Argelia proporciona en particular todo un stock de representaciones y juicios que autorizan una aproximación entre corsos y árabes. En paralelo, la presencia creciente de los corsos en el aparato de mantenimiento del orden colonial en ultramar los hizo representantes de este orden en el espacio del imperio, creando así una figura improbable, la del colonizado-colonizador, que acumula las características del dominado en el espacio nacional y las del «*petit blanc*» (pequeño blanco) o el «*petit chef*» (pequeño jefe) en el espacio colonial, quien por la virtud de las vacaciones mejoradas y del

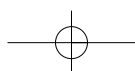


transporte gratuito que le permite retornar a la isla, vive estas dos experiencias simultáneamente. Queda claro que la escena social de ultramar permite lavar las afrentas (generalmente a costa de otros dominados) sufridas sobre la escena insular. Este informe complejo de la soberanía colonial está al principio de una psicología colectiva, así como de una experiencia del mundo social que ya no se limita al espacio de la aldea, puesto que si se quiere, ya es global. La posición de dominado en el aparato de soberanía colonial puede también redoblar el sentimiento de subordinación, pero instaura al mismo tiempo el sentimiento de una divergencia irreducible entre el colonizador, fuera él subalterno, y el colonizado. Convendría estudiar las circunstancias de la vuelta periódica de los pequeños funcionarios coloniales a sus respectivos pueblos, cuando aportaban, cual trofeos, objetos, formas de hacer (en particular, culinarias), e incluso personas (a menudo criados, *boys* negros incongruentes en el espacio de la aldea, y también, a veces, niños mestizos ilegítimos, traídos generalmente por los funcionarios comisionados en Indochina). La experiencia colonial fue aquí central en la constitución de una representación del espacio geográfico y social. El mundo se organizaba en tres partes: la Córcega (en la que se encuentra principalmente la comunidad campesina), el continente (Francia, simple lugar de tránsito, como principio de orden abstracto) y las colonias (o más a menudo «la colonia») como espacio de conquista y distinción. Todas las aldeas, desde el final de la Primera Guerra Mundial, han sido profundamente marcadas por este tipo de circulación entre mundos diversos, y han estado expuestas a la presencia del mundo colonial mediante estas especies de idas y vueltas e instalaciones temporales que en ciertos aspectos se asemejan a situaciones de inmigración (extracción de la cultura nativa, vuelta ostentosa al país, etc.), pero que difieren en su aspecto fundamental (la existencia de un marco institucional de exilio temporal y la promesa del retorno). A un estudiante que iba a hacer sus estudios a la Universidad de California en 1975, una vieja tía le dijo: «*entonces, tú también partes a la colonia*». Esta observación indica la imposición de un modelo de relación entre el pueblo y el mundo comprendido a través de la experiencia colonial. Cuando los autonomistas corsos comienzan a describirse como colonizados, aplicando palabra por palabra las categorías construidas por Albert Memmi en su *Portrait du colonisé*¹⁰, olvidaron simplemente el doble carácter de la relación que los corsos mantienen con el proceso de colonización, el cual les instaló en una durable ambivalencia ante el Estado francés. La integración progresiva de Córcega a Francia es indisociable del momento de la colonización. Los corsos vivieron la experiencia de una relación dual con el aparato burocrático del Estado, a la vez abastecedor de prebendas e instrumento de soberanía social y cultural. El momento más fuerte de esta presencia del mundo colonial en la vida social corsa se sitúa en un período que va de los años veinte al final de los años cincuenta. Es necesario observar que se trata del período más pacífico de la historia de Córcega: los últimos grandes bandidos corsos son apresados y la figura del corso cantando y bonachón surge a través del éxito nacional de Tino Rossi, que irrumpe en 1936 en tiempos del Frente Popular¹¹.

Tal imagen de Córcega no se produjo en corso, ya que ésta es esencialmente la obra de Vincent Scotto, marsellés de origen italiano. El compositor meridional identificó a Córcega con una isla de amor, que conoce el fuego de los besos más a menudo que el de los cañones. Si juzgamos hoy esta imagen

10. Memmi, Albert 1957. – *Portrait du colonisé*. - París: NRF & Gallimard, 1985.

11. Fabiani, Jean-Louis 2000. – «Corsica made in Marseille». - En: *D'ailleurs et d'ici*. - Marseille: Taktik, 2000.



de Córcega a la vez ridícula y falsa, no hay que olvidar que ésta sucedió a imágenes mucho más brutales y siempre negativas. Dicho rápidamente, el corso ya no es el análogo del árabe del desierto, pero se asemeja punto por punto a un pescador napolitano. Se trata efectivamente de una Córcega de pacotilla donde sólo se muere de amor, bajo apropiadas puestas de sol, se trata también de una Córcega pacificada funcionando como reserva simbólica (una isla de ficción donde se contradice el proverbio aparecido en el tiempo de Paoli: « *Corsica non avrai mai bene* » (Córcega, no conocerás jamás el bien). Los tipos sociales que aquí se mueven se parecen hasta confundirse con las figuras del gentil *cabanonnier* marsellés o del pescador napolitano. Por otra parte, este corso de ficción es más a menudo pescador que pastor, y aún más cantante que pescador, en cualquier caso, siempre intensamente (y pacíficamente) enamorado. La emergencia del corso cantante y bonachón contrasta evidentemente con las representaciones guerreras de la vida social en la isla...

La imagen de Córcega que se extiende en Francia en el momento del Frente Popular es inédita: es la obra de actores marsellese emigrados a París, y es servida oportunamente por el hijo de un sastre de Ajaccio, Constantin (Tino) Rossi, que, en su barrio natal de la rue Fesch en el centro de Ajaccio, soñaba con ser conocido en el Alcázar de Marsella. Saliendo de la adolescencia, al final de los años veinte, vino a tentar su oportunidad en la región marsellesa con las canciones de cuna y las romanzas que cantaba en la isla. Es en Marsella que transformará progresivamente su repertorio, y que obtendrá, en 1933, un contrato en el Alcázar, que anticipa su acceso a la gloria, tres años más tarde. Tino es, en la filmografía de la época, un corso simple y bueno, que conoce el éxito sin realmente haberlo buscado: Córcega es, por la primera vez aunque en el registro de la ficción, un espacio pacificado. Los movimientos irredentistas¹², aunque enérgicamente sostenidos por la Italia de Mussolini, sólo conocerán una audiencia muy limitada, y Córcega, a diferencia de muchas regiones de Francia continental, se comprometerá con determinación en la Resistencia¹³. Se puede decir que esta época marca una suerte de edad de oro de las relaciones entre Córcega y Francia. Los años cincuenta constituyen, con la vuelta de la paz y las promesas de prosperidad, su momento más intenso. La descolonización, al poner fin a la organización espacial y mental que se ha mencionado sumariamente más arriba, va a desencadenar una serie de efectos que rebotan sobre Córcega: en primer lugar, la veta migratoria hacia ultramar, facilitada por el sistema clientelista, va a agotarse, aunque aun existan de manera residual en el mundo post colonial, especialmente en África Occidental. Es el momento en que van a constituirse las señales anunciadoras de la voluntad de vivir en el país, reivindicación totalmente impensable en el período anterior, la cual será atizada por la llegada de un contingente importante de *pieds-noirs*¹⁴ de origen no-corso, dotados de capitales y con conocimientos agrícolas inaccesibles a los corsos, cuya presencia será uno de los motores del renacimiento de la agitación social.

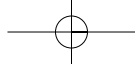
El tipo de dominación ejercido sobre el territorio por los centros de poder extra-insulares que se impuso en Córcega, favoreció la expresión de un sistema clientelista cuyos principales elementos se han descrito abundantemente¹⁵. No es cuestión aquí de hacer una presentación detallada de este marco de análisis de las formas de relación política que unen a un patrón y sus clientes. La forma clientelista corsa se acerca a un modelo bastante frecuente en el mundo mediterráneo, en la que ésta constituye un tipo más acu-

12. El irredentismo nace en Córcega de la recuperación por parte del imperialismo mussoliniano de las primeras formas de reivindicación cultural regionalista, aparecidas a inicios del siglo XX. El empuje irredentista, que sólo convierte una infima minoría de Corsos, contribuirá a desacreditar durante largo tiempo la pretensión autonomista y de afirmación cultural corsa.

13. Choury, Maurice 1973. - *La Résistance en Corse: Tous bandits d'honneur*. - París: Éditions Sociales, 1973.

14. *Pieds noirs*: ciudadanos franceses nacidos y criados en Algeria durante la colonización (hasta 1962) [NdT].

15. Pomponi, Francis 1978. - «À la recherche d'un "invariant" historique: La Structure clanique dans la société corse». - En: *Pieve e paesi: Communautés rurales corses*. - París: Éditions du CNRS, 1978, p. 7-30; Lenclud, Gérard 1988. - «Des idées et des hommes: Patronage électoral et clientélisme politique en Corse». - En: *Revue française de Science politique*, nº 5, París: Fondation nationale de Sciences politiques & Association française de Science politique, 1988.



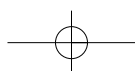
sado. El clientelismo político se caracteriza por una relación basada en el intercambio de servicios (empleos, subvenciones, pensiones) por un apoyo electoral. Constituye en Córcega lo que Francis Pomponi llamó una «invariante», señalando que el vocabulario (aquí en italiano) de la estructura clánica ya estaba establecido en la Edad Media, mucho antes de que se planteara la cuestión de la obtención de los sufragios. El *partitu* o *fazione* (partido) medieval constituye la estructura (el término «clan» es de un empleo reciente y erudito) dominado por el *capo di partito* (jefe de partido) del que dependen *seguaci*, *partitanti* y *aderenti* (partidarios y fieles). Por una serie de adaptaciones sucesivas, el sistema clientelista sobrevivió en contextos políticos muy diferentes. A partir de la instalación de la Tercera República, la función del jefe de partido gira esencialmente en torno a lo que Pomponi denomina «*la mediación necesaria entre el simple elector y la superestructura oficial*»¹⁶. Los servicios intercambiados por sufragios van a referir mayoritariamente a prebendas oficiales (principalmente empleos, y también a toda una serie de favores posibles por el intervencionismo en los servicios públicos: pensiones de invalidez, derogaciones diversas). Pomponi señala así que «*bajo la Tercera República, los candidatos del Gobierno iban en búsqueda de la renovación de sus mandatos asegurándolos con nombramientos firmados en blanco para empleos en la función pública, los que distribuían durante su campaña*»¹⁷. La consecuencia de la nueva articulación entre el poder central y el sistema clientelista local es la omnipresencia inevitable del Estado en la vida corsa a través de la mediación de los jefes de partido, en la que el Estado alimentador reemplaza al Señor alimentador de la Córcega feudal. El verbo *manghjá* (comer) es omnipresente en la lengua corsa. En 1989, el alcalde de una gran ciudad corsa definía su concepción de la economía mixta como el hecho de «comer y dejar comer». Mientras que un *manghjone* (aquél que come demasiado, que abusa de la situación) es siempre estigmatizado, no es concebible que el patrón (cualquiera que sea) no contribuya al alimento de un colectivo: en la época contemporánea, las fiestas post electorales ofrecidas al conjunto de la comunidad por los políticos electos certifican metafóricamente la dimensión alimenticia del vínculo político. A través de la cantidad y la calidad del *fritelle* (buñuelos) ofrecidos, se juzga la calidad de la relación.

La relación clientelista instala, a través de una serie de mediaciones, la omnipresencia del Estado en la vida psíquica de los corsos. Este hecho transforma y complica la relación de oposición o resistencia al poder central que constituye una constante de la historia corsa. Parte de los acontecimientos no se pueden comprender si no se integra en la explicación la ambivalencia respecto de un poder, a la vez represivo y alimentador, en el mismo movimiento, odiado y querido. Contrariamente a lo que ingenuamente se podría pensar, las pretensiones nacionalistas no se refieren a la separación de Francia, sino más bien tratan sobre una profundización de la relación, a través del reconocimiento institucional de la existencia del pueblo corso y de la garantía de una mayor ayuda financiera. En este sentido, la relación clientelista no constituye un arcaísmo o un atavismo, como los ideólogos modernizadores a menudo así la calificaron desde mediados del siglo XIX, sino un indicador de la capacidad de adaptación de un sistema de normas entre centro y periferia. Es lo que brillantemente mostró el politólogo Juan-Louis Briquet en uno de sus trabajos recientes más convincentes con respecto a la cuestión corsa¹⁸. En primer lugar, el modelo contemporáneo de funcionamiento político-adminis-

16. Pomponi, op.cit., p. 20.

17. Ídem, p. 21.

18. Briquet, Jean-Louis 1997. – *La Tradition en mouvement: Clientélisme et politique en Corse*. – París: Belin.



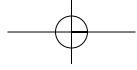
trativo a escala local no prohíbe, sino que «*incluso favorece*, según el autor, *la perpetuación*» de los vínculos de clientela y de organización «clánica» de las redes partidarias¹⁹. Las relaciones privilegiadas que mantienen los políticos con la administración les permite dirigir las organizaciones públicas en función de los intereses de su clientela: se constata la asombrosa facultad de adaptación del sistema clientelista corso a los procesos de descentralización y autonomía. La descentralización y la aplicación del estatuto particular de la colectividad territorial de Córcega a partir de la ley Joxe (1991) contribuyeron a la acentuación de la competencia por la apropiación de los recursos, las transformaciones estatutarias habrían acrecentado las capacidades de los notables locales para asignar recursos directamente, aumentando simultáneamente el nivel y diversidad de estas capacidades. Las recientes reformas pueden así atizar los conflictos entre los grupos para acceder a los beneficios que inducen. Es por ello que la realización de las reformas sucesivas de descentralización ha más bien consolidado el poder de los notables de mayor antigüedad, mientras que sus promotores vieron la ocasión de una modernización política con miras a descalificar las formas establecidas de la relación clientelista. Queda claro que la forma modernizada del clientelismo supone, aún más que la que ha prevalecido desde la Tercera República, un régimen de economía fuertemente asistida, en la que la parte fundamental del recurso queda garantizando por las transferencias desde el centro (hoy Francia, mañana quizás la Unión Europea) hacia la periferia insular.

2. El imposible espacio público

A pesar de las numerosas tentativas de regular según las normas nacionales la vida política local, Córcega ha permanecido por largo tiempo caracterizada por «costumbres» electorales particulares: el relleno de las urnas (que consiste en poner papeletas de voto suplementarias o de hacer votar a no votantes); las prácticas coercitivas como la distribución -acompañada de amenazas y represalias- de papeletas «en clave» (i.e. que llevan una marca minúscula pero distintiva) exigidas en las urnas, y el incumplimiento de los procedimientos electorales, constituyen las figuras más destacadas²⁰. Esto fue muchas veces el blanco de los caricaturistas, quienes quizá exageraron la frecuencia, y han suscitado la indignación moral de numerosos continentales como la de cursos deseosos de poner fin al sistema clientelista. Esta cuestión está en el centro de la empresa de moralización de la cual el Estado hizo una de las principales justificaciones de su acción en la isla. Las reformas sucesivas evidentemente produjeron efectos limitados, aunque se puede considerar que la vida electoral corsa está hoy en día mucho más cercana a las normas continentales de lo que pudo estarlo en el curso del último cuarto de siglo. Un estudiante de filosofía que hacía sus estudios en París se vio muy sorprendido cuando en 1973, durante su primera participación como elector en un escrutinio en su pueblo del centro de Córcega, fuera increpado por amigos a su salida de la cámara secreta: «si pasó por la cabina, es que votó mal», siendo vehementemente acusado. El sistema clientelista, organizado en torno a la oposición entre *partitu* y *contrapartitu* supone en efecto que la lealtad a un líder sea indiscutida e ignore toda posibilidad de elección personal con rela-

19. Ídem, p. 271.

20. Este estado de la cuestión debe compararse con los problemas de la invención del ciudadano en la Francia continental desarrollada por Offerlé, Michel 1989. – «Mobilisations électorales et invention du citoyen». - En: Daniel Gaxie (ed.) 1989. - *Explication du vote*. - París: Presses de la Fondation nationale de Sciences politiques.



ción a una oferta política. Si la afiliación del jefe de partido puede cambiar durante el tiempo (se han podido constatar pasos brutales de la izquierda a la derecha en numerosas ocasiones), la naturaleza de los vínculos entre el patrón y su cliente es fija: el espacio de deliberación, que constituye la cámara secreta, aunque sólo fuese ficticio, era propiamente impensable para los interlocutores del estudiante. La relación de clientela supone una forma de lealtad pública, que puede manifestarse, en la oficina de voto, por la exposición, a menudo acompañada de vítores, de la papeleta de voto llevando el nombre del jefe de partido. Esta clase de manifestación es obviamente contraria a la ley, pero aún existe. Por otra parte, en un régimen aldeano de conocimiento mutuo generalizado, este tipo de afirmación es una pura redundancia: no dice nada que el otro ya no sepa perfectamente.

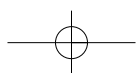
De esta publicidad de las intenciones de voto no hay que concluir la existencia de una Córcega que viviría, según los preceptos constitucionales decretados por Jean-Jacques Rousseau con respecto a la isla, en la «transparencia de la fe pública»²¹. El mundo del conocimiento mutuo, de la relación de persona a persona, es también un mundo en el cual la constitución de un espacio público democrático no ha sido verdaderamente posible²². Los antropólogos han frecuentemente observado el hecho. Si la relación clientelista es una relación entre dos personas, que toma la forma del intercambio, de la amistad o de la pertenencia común a una familia, el espacio político toma necesariamente otra forma que la del espacio público. Los historiadores del sufragio en Córcega a menudo han tenido en cuenta que los políticos venían a solicitar los votos de sus electores visitándoles a domicilio, postigos cerrados, fuera de toda reunión pública. Era frecuente que los notables recibieran sin vestirse, en ropa interior o en una asumida bata de casa. Estos hechos no son anecdóticos. Gérard Lenclud puso bien de manifiesto que se inscribían en el centro del proceso clientelista²³; el que en efecto tiene por principio el contacto individualizado. Desde este punto de vista es significativo que, incluso hoy, las elecciones toman la forma del puerta a puerta, más bien que de asamblea pública. Cuando están en el pueblo, los políticos, que pueden ser en la Asamblea o en el Senado grandes oradores (existe una verdadera tradición corsa en este ámbito), abandonan el recurso a la palabra pública y favorecen la relación individual. La aparición de la televisión regional en los años ochenta fue la ocasión de un desorden muy violento en el seno del mundo político corso. Se pudieron así mostrar las dificultades que surgieron del contacto brutal entre el sistema político local y el personal político²⁴. El desarrollo de una televisión de cercanía introdujo las cámaras en los lugares del ejercicio diario del poder, y en un universo de conocimiento mutuo en donde las oportunidades de «pasar» en televisión o de conocer personalmente a los protagonistas de secuencias televisadas eran muy fuertes, suscitó perturbaciones totalmente inusuales. La irrupción de la televisión regional en el juego político local se percibió, en efecto, como una amenaza para las condiciones mismas de este juego. La información televisada introduce una mediación entre el elector y el político. A la inmediatez de la relación de hombre a hombre, donde la distancia social entre el patrón y el cliente es suprimida ficticiamente (por la familiaridad de la mirada, la equiparación aparente de las condiciones del intercambio y por el carácter no solemne de los lugares de encuentro), se opone inevitablemente la dimensión abstracta y despersonalizante de la relación televisiva con el elector. El clientelismo se personifica en una relación personal

21. Rousseau, op. cit.

22. Fabiani, Jean-Louis 1996. - «La République n'a pas su construire en Corse un véritable espace public». - En: *Le Monde*, París, 5 novembre 1996 - Entretien avec Thomas Ferenczi.

23. Lenclud, Gérard 1986. - «De bas en haut, de haut en bas: Le Système des clans en Corse». - En: *Études rurales*, n° 101-102, París, 1986.

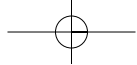
24. Fabiani, Jean-Louis 1988. - «La Télé au pays: Production locale des images et représentation politique». - En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 71-72, París, 1988, p. 102-108.



que por definición no tiene cuentas que rendir. Si la atribución de favores o protección es en el sistema objeto de una valorización constante, queda sin embargo claro que no puede ser objeto de una celebración pública. La denuncia de la televisión por parte de los políticos electos tradujo su sorpresa y su reprobación de ver constituirse, en el resplandor de los íconos televisivos, una instancia de estigmatización del régimen ordinario de la política local. Así pues, se informa que un político regional, quejándose del calor y la luz emitida por los proyectores, obligó un día al equipo de rodaje presente a grabar en la penumbra: esta anécdota puede considerarse como una metáfora de la imposible transparencia de la relación política. Se podría sostener que la resistencia a la televisión manifestada durante mucho tiempo por los políticos es la contrapartida de la hostilidad mostrada por un gran número de electores a la práctica de la cámara secreta. Una y otra traducen una forma de negación de la relación política abstracta en favor de la lealtad y la protección.

La inexistencia de un espacio político público en Córcega es un dato que resiste fuertemente a las transformaciones históricas, ya se trate de cambios del mercado laboral o de mutaciones de la división del trabajo entre los sexos. Para ilustrar esta constante podemos tomar la tentativa reciente de un grupo de mujeres corsas de publicar un *Manifiesto de las mujeres contra la violencia*, destinado a poner fin a la ley del silencio (que llegó incluso a que una muy pequeña parte de los crímenes cometidos en la isla fuesen aclarados) y a imponer nuevas formas de circulación de la palabra pública. Después de un éxito inicial totalmente inédito (con más de 20.000 manifestantes, lo que representa cerca de uno de cada diez habitantes de Córcega, que se reunieron para protestar contra la muerte del prefecto Érignac en 1998), el movimiento no encontró las condiciones que le habrían permitido instalarse duraderamente y modificar significativamente las condiciones del juego político: las últimas manifestaciones prácticamente fracasaron, y el movimiento no llegó a capitalizar más que una emoción transitoria. Esto que convenimos en llamar el imposible espacio público en Córcega se basa en una paradoja: la de un régimen de conocimiento mutuo generalizado (donde las idas y venidas de los sujetos por el espacio rural no pasan nunca inadvertidas), donde la opacidad es la regla y la toma de posición pública la excepción. Algo muy significativo de esta relación es que en el debate que agita a la opinión pública francesa desde hace algunos años, los intelectuales y los universitarios que residen en Córcega se hayan mantenido constantemente silenciosos. La figura del intelectual comprometido asumiendo públicamente sus posiciones tiene indiscutiblemente muchas dificultades para constituirse en la isla. El temor de medidas de represalia es uno de los elementos explicativos de este silencio, pero no es el único: es en espacios no públicos que los intelectuales corsos discuten preferentemente, y que ponen a prueba sus construcciones ideológicas.

A la ausencia de publicidad se puede asociar la duplicidad que desde hace mucho tiempo caracteriza la escena política corsa. A menudo se ha observado que los políticos corsos más ostentosamente republicanos (y los más anti-nacionalistas) apoyaban a miembros de organizaciones nacionalistas que practicaban el terrorismo. Tal doble juego a menudo ha suscitado la reprobación de los miembros de la administración del Estado en la isla. La disposición a tener simultáneamente dos lenguajes, uno en el espacio público hasta cierto punto mutilado que nunca ha obligado a los políticos a ajustarse



a sus propósitos oficiales, y otro en el espacio del conocimiento mutuo clientelista, no constituyen de ninguna manera una novedad en la vida política corsa. Se puede decir que tal disposición es consubstancial a la existencia de un sistema clientelista periférico que tiene por vocación el redistribuir los recursos asignados por el poder central. La situación generó una relación ambivalente con el Estado, a la vez de lealtad y de distancia, de celebración de las virtudes republicanas y de consideración de las obligaciones de retribución del político hacia el elector que lo apoya. A lo largo de la historia de Córcega los alcaldes y los aldeanos protegieron a los bandidos, de los cuales los nacionalistas y grandes delincuentes de hoy son en cierta forma los continuadores²⁵. En algunos períodos críticos, los bandidos se han autonomizado y han terminado por volverse en contra de las poblaciones y en contra del sistema: una serie de recientes derivas nacionalistas podrían analizarse en función de este diseño de autonomización progresivo. Un observador continental puede mostrarse totalmente contrariado por el hecho de que numerosos corsos que se habían manifestado públicamente conmocionados por el asesinato del prefecto Erignac, mostraron también compasión por su supuesto asesino, Ivan Colonna, hoy refugiado en el *maquis*²⁶ e imposible de encontrar; el carácter casi insoportable de esta inconstancia no presenta en la isla un carácter obviamente universal. Más allá de la condena moral de tal duplicidad, es necesario tratar de comprender los mecanismos antropológicos de esta ambivalencia. La contradicción entre la hiperintegración de una parte de la población respecto al aparato burocrático republicano y la incapacidad de la República por establecerse de manera normal en Córcega, permite dar cuenta de la duplicidad corsa de otra forma que como propensión a la deslealtad o a la traición.

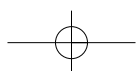
El recurso a la violencia para resolver los desacuerdos privados o para expresarse en la esfera política constituyen una constante de la vida política corsa, como testimonia el nivel regularmente elevado de las tasas de homicidios en la isla²⁷. Cuando se recorre la historia de la isla, se constata que su pacificación completa no se ha llevado a cabo nunca. El Estado siempre ha tratado a Córcega de manera derogatoria en relación al derecho común. Mencionando la vida política «tradicional» en Córcega, Gérard Lenclud señala que la administración «fue caracterizada allí por una mezcla desordenada de autoridad e indiferencia, de intervencionismo y liberalismo, de exceso y ausencia»²⁸. La situación contemporánea podría considerarse en términos similares, donde la alternancia entre el exceso y la ausencia se construye sobre espacios de tiempo muy breves. Así, el gobierno dirigido por Lionel Jospin (1997-2002), llevó a efecto sucesivamente dos políticas: la de un restablecimiento a marcha forzada del Estado de Derecho (al precio de traspies del Estado más allá del derecho), y la del diálogo con los nacionalistas a partir del año 2000. En otras coyunturas, los Ministros del Interior (Debré y Pasqua, en particular) sostuvieron simultáneamente discursos extremadamente firmes sobre la necesidad de mantener a Córcega francesa y de dialogar a oscuras con los nacionalistas. A la duplicidad de los corsos corresponde, punto por punto, la duplicidad del Estado. El recurso a la violencia aparece por una y otra parte como un medio de expresión en clave. Como en otras circunstancias de guerras o guerrillas civiles constituidas en torno a la denuncia de un colonialismo interno (País Vasco, Irlanda, por ejemplo), el recurso a la violencia produce efectos específicos: la aproximación progresiva, por necesidades logísti-

25. Gil, op. cit.

26. El maquis es una área de bosque bajo propia del paisaje mediterráneo. Por razones históricas, se identifica con las guerrillas y los grupos de resistencia armada que lo ocupan como escondite. Una traducción aproximada podría ser la de «monte» [NdE].

27. Chesnais, Jean-Claude 1981. – *Histoire de la violence en Occident de 1800 à nos jours*. – París: Laffont, 1981.

28. Lenclud, op.cit.



cas, de los militantes nacionalistas y de los gangsters de alto nivel, que transforman los métodos y las finalidades de la acción. El recurso a la violencia mortuoria tiende a autonomizar las lógicas prácticas de la lucha en relación a sus justificaciones ideológicas o éticas. En Córcega, las pretensiones culturales (referidas a la lengua corsa o a la reapropiación del patrimonio local) fueron el primer motor de las luchas regionalistas. En la actualidad aparecen casi olvidadas en favor de pretensiones económicas (en particular regímenes fiscales derogatorios que autorizan el reciclaje del dinero), y sólo figuran para ser recordadas en el catálogo de las motivaciones de la acción. El pasaje de la pretensión cultural a la dinámica de una violencia autónoma pudo observarse en numerosas coyunturas. La guerrilla colombiana proporciona bajo este prisma un buen ejemplo. La existencia histórica de un «hampa corsa» muy presente en el gran gangsterismo facilitó indudablemente la transición de un programa comprometido con la autenticidad cultural a la imposición por la fuerza de dispositivos económicos con componentes ilícitos. ¿Qué es lo que queda entonces del contenido propiamente cultural de la pretensión autonomista?

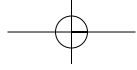
3. Las tiranías de la autenticidad

Las luchas para la reapropiación cultural constituyeron uno de los temas inaugurales de la movilización corsa, junto a la reivindicación medioambientalista²⁹. La confrontación entre el Estado y los nacionalistas durante los años ochenta se refirió ampliamente a la manera de tratar los temas culturales. Por ello la acción del Ministerio de Cultura en Córcega estuvo en esta época en el centro de los debates, e incluso de las violencias, puesto que una de las acciones más sangrientas, el rapto y el asesinato de dos bandidos encarcelados en la prisión de Ajaccio, habría sido perpetrada por agentes de la dirección regional de los asuntos culturales, un servicio del Estado.

La política cultural efectuada por el Estado desde un cuarto de siglo debió tener en cuenta el hecho de que la cultura había en devenido un escenario de luchas, y que los servicios del Estado en este ámbito constituían un espacio especialmente vulnerable, en la medida en que la ideología del desarrollo cultural, consubstancial a filosofía de la acción del Ministerio de Cultura, a través de temas como la reclasificación del medio rural, la consideración de la identidad o la ampliación del concepto de patrimonio a las culturas vernáculas, podía parecer muy cercanos a las tendencias más reformistas de la reivindicación política autonomista en Córcega³⁰. La política del Estado no dejó de oscilar entre fases de apertura, generalmente basadas en la afirmación de la necesidad de una división equitativa entre la revalorización de la cultura tradicional y la preocupación de reinstalar a Córcega en el movimiento general de la acción cultural, y períodos de repliegue en los cuales el Estado dejó de transmitir un mensaje explícito. El estatuto particular de 1991 transfirió una buena parte de las competencias culturales (y los recursos presupuestarios allí implicados) a la colectividad territorial: de esta forma, la confrontación con el Estado se redujo y la movilización cultural perdió amplitud, y quizá, a largo plazo, la parte fundamental de su significado.

29. Fabiani, Jean-Louis 1993. - «Protection de la nature et expression de l'identité: L'Exemple corse». - En: *Peuples méditerranéens*, nº 62-63, Paris, 1993, p. 363-373.

30. Para una presentación en detalle de este argumento, ver Fabiani, Jean-Louis 1994. - «L'Inversion des stigmates». - En: *Suds et îles de Méditerranée : De l'assistance à l'initiative*. - Corte: Presses de l'Université des Corse, p. 393-398.

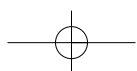


A la imagen de lo que ha pasado en otras regiones de Europa meridional, las pretensiones culturales aparecidas en Córcega a fines de los años sesenta tomaron generalmente la forma de la reapropiación identitaria. Como lo observa Antoine Ottavi, «*la cultura corsa por mucho tiempo vivió en el descrédito, no solamente a causa de Francia, que no la conocía (y que sigue ignorándola), sino a causa de los corsos. Para ellos, Córcega era el lugar de apego, afición y grandilocuencia, y al mismo tiempo un lugar carente de interés. Aquellos que se suponía debían ocuparse de la cultura corsa eran a menudo italianizantes y lo que prevalecía en su opinión era la comparación, explícita o no, con Italia. Resultaba de esta comparación que Córcega no tenía ni arquitectura, ni escultura, ni pintura*»³¹. Se reencontra aquí la potencia de un estereotipo: Córcega es una naturaleza más bien que una cultura, cuya formulación se puede encontrar en la obra de quien primero tematizó la dimensión patrimonial de la isla, Prosper Mérimée. El autor de *Colomba* veía la verdadera riqueza cultural de Córcega, no en edificios modestos y en gran medida importados del exterior, sino en lo que designaba como «*la pura naturaleza del HOMBRE*»³². Es esta naturaleza extraña y vengativa la que se convirtió en el corazón de la representación dominante que los insulares, así como sus visitantes, interiorizaron duraderamente. Los movimientos político-culturales que hicieron de la reapropiación identitaria el tema central de su movilización comenzaron por impugnar esta visión de las cosas. La idea de Mérimée según la cual los «*Corsos nunca han podido cultivar las artes*», asociada a la permanente ausencia de nombres corsos en el panteón de los grandes creadores, exceptuando a Paul Valéry, de origen corso pero prácticamente extranjero a la isla, como la expresión de un estigma, efecto histórico de las formas múltiples de soberanía a las cuales se sometió a Córcega durante los siglos. La lógica de la inversión de los estigmas permite dar cuenta de la mayoría de las posiciones reivindicativas adoptadas en materia cultural: la readquisición (*riaquistu*) de una cultura perdida o negada se considera en esta temática. Las formas de expresión que se considera fueron devaluadas por la cultura dominante son objeto de rehabilitación e inversión. Se aplican dispositivos eruditos de recolección, desciframiento y comparación de objetos antes considerados como vacíos de significado cultural o simplemente residuales. Tal actitud conduce a invertir las cosas en el otro sentido y a presentar sobre un tono bastante enfático las riquezas culturales de Córcega: se trata de hacer hincapié en la originalidad absoluta, el refinamiento y la complejidad de las formas culturales locales, con el fin de conferirles una dignidad igual, o incluso superior entre los más radicales, a las formas más consagradas de la cultura legítima importada del exterior.

Se pueden hacer algunas observaciones sobre las consecuencias de tal proyecto: la primera es hacer aparecer, aunque sea de forma negativa, las condiciones históricas de la aparición de marcos de lectura o cuadros sociales de apreciación de las formas culturales. La segunda es generalizar, bajo una forma mimética, la relación erudita hacia los productos simbólicos; de ahí la proliferación de investigadores, certificados o autoproclamados, en el ámbito de la cultura corsa. Por lo tanto, el goce estético se encuentra supeditado a la instauración de un comentario ilustrado, que requiere la constitución de un cuerpo de mediadores culturales que mantienen muy a menudo relaciones ambiguas con el saber reconocido (ya sea arqueológico, musicológico o museológico, por ejemplo) imitando sus formas de investigación y comunicación, pero impugnando, en nombre de la lucha contra la soberanía cultural,

31. Ottavi, Antoine 1979. – *Des Corses à part entière*. - París: Seuil, p. 124.

32. Mérimée, Prosper 1840. – *Notes d'un voyage en Corse*. - París: Adam Biro.



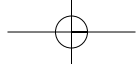
sus pretensiones a la hegemonía. La tercera consecuencia se refiere a la inevitable redacción de la historia que se deriva de los problemas de la inversión de los estigmas. La referencia constante a la autenticidad caracteriza el discurso y las prácticas de la reivindicación cultural. La imagen de Córcega que antecede la aparición de los movimientos identitarios, es globalmente considerada como falsa: la reapropiación supone en su principio una expropiación original. Pero es banal constatar que lo exhumado, redescubierto, rehabilitado se encuentra transformado incluso por el hecho de la operación de reconstrucción que lo coloca como auténtico. Se reconoce aquí la problemática «de la invención de una tradición»³³ o la «fabricación de autenticidad»³⁴. En primer lugar, las condiciones de la recepción de estos productos que son radicalmente diferentes de las que prevalecieron en otras circunstancias históricas (en particular, a través de la existencia de un sistema de comercialización y difusión de las obras). A continuación, el proceso de redescubrimiento implica inevitablemente recomposiciones, combinaciones y retraducciones. Richard Peterson puso de manifiesto claramente, en el caso del *country music* americano, que «la autenticidad no es una característica inherente al objeto o al acontecimiento que se declarara "auténtico": se trata en realidad de una construcción que deforma parcialmente el pasado»³⁵. El resultado es siempre una construcción social que se basa en una verdadera «amnesia de la génesis». Por último, y es el punto seguramente esencial, la redacción de la historia que implica el planteamiento readquisitivo puede ser constatado en dos niveles: el primero es el de la concentración de la imagen cultural de Córcega alrededor de la figura del luto, a través de la importancia consagrada a su expresión, bajo la forma de los *lamenti* y los *voceri*, a costa de otras manifestaciones de la vida social. El segundo es el de la constitución de una clase de mito de la autarquía cultural, que tiende a hacer del conjunto de las formas simbólicas localizables en el espacio insular la expresión de una especificidad absoluta. La reconstrucción de una cultura corsa «auténtica» supone que se violente doblemente la historia, por la reducción de la vida social a una sola de sus dimensiones, y por olvidar el hecho de que la insularidad no implica la falta de inserción en un espacio, en un campo de fuerzas. Curiosamente, el esfuerzo de reapropiación conduce a reactivar, bajo una forma que es necesario reconocer invertida, el estereotipo del «alma corsa» como expresión de una naturalidad.

El contexto de la acción cultural en la región periférica insular que viene a ser Córcega, está pues constituido por la coexistencia de un doble juego de contradicciones. El discurso y las prácticas del Estado en materia de desarrollo cultural expresan una contradicción en los términos: ¿cómo hacer justicia a la vez a la especificidad de formas de expresión, que no pueden entrar en el espacio cultural dominante más que al precio de activaciones y transfiguraciones, y a la necesidad de «nivelar», es decir, de acercar del centro la oferta cultural regional? Es querer en un mismo movimiento más y menos especificidad. Pero no es necesario creer que siempre las estrategias de los protagonistas locales no estén también caracterizadas por una serie de contradicciones: para ilustrarlas, se puede partir del estatuto de las producciones culturales que suponen expresar una forma de *revival* comunitario. La observación de un cantante corso a quien se preguntaba un día por quién debía ser el destinatario de los derechos de autor de una creación colectiva adaptada de la tradición y que respondía con entusiasmo: «¡el pueblo corso, por supuesto!» constituye una excepción. La exaltación de los valores comu-

33. Hobsbawm, Eric & Terence Ranger (eds.) 1983. – *The Invention of Tradition* - Cambridge [Mass.]: Cambridge University Press & Canto, 1992.

34. Peterson, Richard 1992. – «La Fabrication de l'authenticité: La Country music» - En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 99, Paris, 1992, pp. 3-20.

35. Ídem, p. 4.

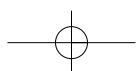


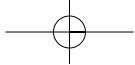
nitarios se realiza al mismo tiempo que la exigencia del reconocimiento de los derechos del creador, o incluso a veces de un verdadero estatuto. Contra la limitación de la experiencia artística a la efusión comunitaria, algunos, que asocian renacimiento cultural y libertad del creador, definen la posibilidad de un nuevo espacio, vuelto posible por la primera ola de reapropiación militante, pero al cual no podrían reducirse: «*si los creadores corsos no optan por la modernidad tomando la palabra en su propio nombre, afirmando su unicidad, se seguirán viendo en los cuadros, escenas de la vida cotidiana del pasado, "secuencias de artes y tradiciones populares", recuerdos de infancia: folklorismo, referencia a un pasado definitivamente muerto*»³⁶. Más tardíamente que en otras regiones, a causa de la debilidad de las estructuras locales (museos, centros de arte, establecimientos de enseñanza artística) o de su instauración diferida, o también de los riesgos de la coyuntura política, los artistas corsos sacaron partido de los nuevos medios que los dispositivos institucionales les ofrecían. Como observa Raymonde Moulin, «*la política artística de los últimos treinta años, y especialmente la de los años ochenta, tuvo por objetivo corregir el factor de riesgo de las carreras artísticas. El Estado es para los artistas un proveedor de empleos, recursos y créditos de fama*»³⁷. Pero en el caso de Córcega, el Estado es generalmente, a pesar de las competencias específicas que el estatuto particular confiere a la colectividad territorial, el único interlocutor de los artistas: la inexistencia del mercado local del arte contemporáneo así como la exigüidad del público «corsista» consolida este cara a cara entre el Estado y los artistas, dándole el aspecto de una confrontación permanente. Por eso el conflicto de la cultura dominante se expresa necesariamente al mismo tiempo que la demanda de apoyos institucionales siempre crecientes. Tanto se mezclan en el discurso de los artistas la voluntad de secesión y la exigencia de asistencia, que a veces se vuelven imposibles de distinguir, encontrando en Córcega justificaciones particulares a través del concepto de «reparación histórica» de los daños de la colonización. Aun allí, donde todos los malentendidos son posibles, ellos subrayan inmutablemente la vida cultural insular. Los problemas de autenticidad produjeron nuevas dificultades. La descentralización de una parte de las competencias culturales a la colectividad territorial permitió un indiscutible repliegue del Estado. Con todo, las solicitudes de reconocimiento todavía van dirigidas al centro parisino (aquí París se transforma en un centro artístico más que político). Es en el centro que corresponde certificar la autenticidad de una cultura reapropiada. La bandera de la autenticidad, en la medida que obliga a calificar sólo una parte de la producción cultural, parece salir de las profundidades de la interioridad insular, para ejercer una suerte de tiranía inadvertida. Tiende a excluir una parte de la producción dada por no admisible (así algunos puristas simplemente descalificaron toda forma de canción de amor, considerada como importación napolitana, como si los corsos nunca hubiesen desarrollado sentimientos románticos). Ello contribuye a producir ficciones que excluyen las múltiples operaciones de hibridación a partir de las cuales las formas culturales se constituyen.

Las observaciones que preceden no tienen otra ambición que operar algunos desplazamientos en los lugares comunes del debate sobre Córcega. El estado de los conocimientos sobre Córcega obliga inevitablemente a la modestia. Una serie de hipótesis antropológicas mencionadas en este texto ganarían en ser apuntaladas. Las corsos saben que la historia es trágica. Aún así, han

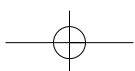
36. Nicoli, Marie-Jeanne 1987. - «Création et critique». - En: *Cuntrasti*, Ajaccio, 1987, p. 100-104, p. 103.

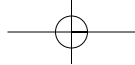
37. Moulin, Raymonde 1992. - *L'Artiste, l'institution, le marché*. - París: Flammarion, p. 348.





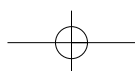
desarrollado con el tiempo relaciones de comedia con el poder central, del cual fueron, casi simultáneamente, secuaces y aguafiestas, los mejores suboficiales y los incendiarios más turbulentos. Se puede desear que la perspectiva aquí propuesta suscite trabajos empíricos que permitan salir de la confrontación ritual entre corsistas y soberanistas. Es evidente que ninguna solución política puede ser prescrita como meta de este breve recorrido. Sin caer en una nostalgia inútil con relación al Siglo de las Luces y a la empresa de Pascal Paoli, no es del todo inútil pensar que si Córcega no hubiera tan regularmente desalentado la inversión intelectual, una buena parte del sistema aquí descrito ya se habría disuelto.

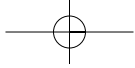




Bibliografía

- Anderson, Benedict 1983. – *Imagined Communities: Reflections on the Origen and Spread of Nationalism*. (Revised Ed.). - London & New York: Verso, 1991, 224 p. • Trad. fr.: *L'Imaginaire national: Réflexions sur l'origine et l'essor du nationalisme*. - París: La Découverte, 1996, 213 p.
- Andréani, Jean-Louis 1999. – *Comprendre la Corse*. - París: Folio Actuel.
- Briquet, Jean-Louis 1997. – *La Tradition en mouvement: Clientélisme et politique en Corse*. - París: Belin.
- Choury, Maurice 1973. – *La Résistance en Corse: Tous bandits d'honneur*. - París: Éditions Sociales.
- Fabiani, Jean-Louis 1973. – *L'Île et l'archipel: Essai sur les projets de gouvernement dans l'œuvre de Jean-Jacques Rousseau*. - Mémoire de maîtrise- París: Université de Paris I.
- Fabiani, Jean-Louis 1988. – «La Télé au pays: Production locale des images et représentation politique». - En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 71-72, París, 1988, p. 102-108.
- Fabiani, Jean-Louis 1993. – «Protection de la nature et expression de l'identité: L'Exemple corse». - En: *Peuples méditerranéens*, n° 62-63, París, 1993, p. 363-373.
- Fabiani, Jean-Louis 1994. – «L'Inversion des stigmates». - En: *Suds et îles de Méditerranée: De l'assistance à l'initiative*. - Corte: Presses de l'Université des Corse, p. 393-398.
- Fabiani, Jean-Louis 1996. – «La République n'a pas su construire en Corse un véritable espace public». - En: *Le Monde*, París, 5 novembre 1996 - Entretien avec Thomas Ferenczi.
- Fabiani, Jean-Louis 2000. – «Tragédiens et comédiens: Les Corses et l'État français». - En: *French Politics, Culture & Society*, vol. 18, n° 18, Summer 2000, p. 363-373.
- Fabiani, Jean-Louis 2000. – «Corsica made in Marseille». - En: *D'ailleurs et d'ici*. - Marseille: Taktik.
- Gil, José 1984. – *La Corse entre la liberté et la terreur*. - París: La Différence.
- Giudici, Nicolas 1997. – *Le Crépuscule des Corses*. - París: Grasset.
- Lenclud, Gérard 1986. – «De bas en haut, de haut en bas: Le Système des clans en Corse». - En: *Études rurales*, n° 101-102, París, 1986.
- Lenclud, Gérard 1988. – «Des idées et des hommes: Patronage électoral et clientélisme politique en Corse». - En: *Revue française de Science politique*, n° 5, París: Fondation nationale de Sciences politiques & Association française de Science politique.
- Marchetti, Pascal-Xavier 1989. – *La Corsophonie: Un idiome à la mer*. - París: Albatros.
- Memmi, Albert 1957. – *Portrait du colonisé*. - París: NRF & Gallimard, 1985.
- Mérimée, Prosper 1840. – *Notes d'un voyage en Corse*. - París: Adam Biro, 1989.
- Moulin, Raymonde 1992. – *L'Artiste, l'institution, le marché*. - París: Flammarion.
- Nicoli, Marie-Jeanne 1987. – «Création et critique». - En: *Cuntrasti*, Ajaccio, 1987, p. 100-104.
- Ottasi, Antoine 1979. – *Des Corses à part entière*. - París: Le Seuil.
- Peterson, Richard 1992. – «La Fabrication de l'authenticité: La Country music». - En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 99, París, 1992, pp. 3-20.
- Pomponi, Francis 1978. – «À la recherche d'un "invariant" historique: La Structure cla-





nique dans la société corse». - En: Caisson, Max (redactor) 1978. - *Pieve e paesi: Communautés rurales corses*. - París: Éditions du CNRS, p. 7-30.

Ravis-Giordani, Georges 1983. - *Bergers corses*. - Aix-en-Provence: Edisud.

Rousseau, Jean-Jacques 1765. - «Projet de constitution pour la Corse». - En: Jean-Jacques Rousseau 1964. - *Œuvres complètes*. - París: Gallimard, vol. 3.

Silvani, Paul 1976. - *Corse des années ardentes: 1939-1976*. - París: Albatros.

